

Francesc Miralles

OBLIVION

Un cielo tras otro

LUNA  ROJA

Primera edición: marzo de 2012

Ilustraciones de cubierta: Berto Martínez

Ilustraciones interiores: Franzi Rosés

excepto portadillas, Berto Martínez

Diseño de cubierta e interior: Book & Look

Maquetación: Marquès, S.L.

Edición: Marcelo E. Mazzanti

Coordinación editorial: Anna Pérez i Mir

Dirección editorial: Iolanda Batallé Prats

© Francesc Miralles, 2012, por el texto

© Berto Martínez, 2012, por sus ilustraciones

© Franzi Rosés, 2012, por sus ilustraciones

© sus respectivos autores, por los textos y canciones citados

© La Galera, SAU Editorial, 2012, por la edición en lengua castellana

La Galera, SAU Editorial

Josep Pla, 95 — 08019 Barcelona

www.editorial-lagalera.com

lagalera@grec.com

Impreso en Liberdúplex

Ctra. BV-2249, Km. 7,4

Pol. Ind. Torrentfondo

St. Llorenç d'Hortons

Depósito legal: B-3.637-2012

Impreso en la UE

ISBN: 978-84-246-4157-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra queda rigurosamente prohibida y estará sometida a las sanciones establecidas por la ley. El editor faculta a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) para que pueda autorizar la fotocopia o el escaneado de algún fragmento a las personas que estén interesadas en ello.

Montaña Roja

Todo empezó con un astronauta que perseguía a un ángel.

Yo tenía diez años entonces y no había salido nunca de La Graciosa, un islote de seiscientos habitantes al norte de Lanzarote. Mi vida había transcurrido entre las calles de arena de Caleta de Sebo, la capital de aquel pedazo de tierra en medio del océano.

En ese pequeño mundo todos conocían a todos. Al salir de la escuela, un cubo rectangular encalado de blanco, iba de expedición en bici hasta la lejana y desolada Montaña Amarilla, o bien me paseaba por la segunda población de la isla: una aldea fantasmal, desierta la mayor parte del año, llamada las Casas de Pedro Barba.

Aquellos parajes rodeados de azul turquesa bastaban para vivir mil aventuras. Por eso nunca me había interesa-

do por la isla grande, Lanzarote, hasta que mis padres me llevaron un fin de semana a conocer a una pariente llegada de Venezuela.

Era una mujer mayor con terror a viajar en barco —la única manera de llegar a La Graciosa—, así que nos habíamos citado en un establecimiento turístico al sur de Lanzarote.

Por primera vez me alojé en un hotel con cientos de habitaciones. El hall del Natura Palace tenía un techo tan alto que daba vértigo solo con mirarlo. Había docenas de empleados puliendo el suelo por el que pasaban constantemente familias alemanas y jubilados con chándal. Todos sonreían, contentos de estar a veinte grados en pleno diciembre.

Pero lo que a mí me fascinaba no era el lujo de las habitaciones, ni el bufé libre con docenas de platos para atiborrarse. Lo que capturó mi atención, desde que el taxi nos había dejado en la puerta, era una enorme montaña roja que se alzaba detrás del hotel.

En La Graciosa dominan el amarillo y el ocre, así que aquella montaña volcánica de oscuro granate me pareció un paisaje propio de Marte. Al verla, me prometí que no abandonaría aquel lugar sin escalarla un amanecer.

Como en Caleta de Sebo no había cine ni nada parecido, me había tragado la colección entera de películas de ciencia-ficción de casa. Era una herencia del hermano de mi madre, tío Zeus, que había dejado el islote para trasladarse a algún lugar cerca de Madrid. Yo lo adoraba y hablábamos a menudo por teléfono, también para comentar aquellos DVD.

Me encantaba la primera trilogía de *Star Wars*, *Galáctica*, *Space Cowboys*, también películas antiguas como *Naves Misteriosas*. Pero mis preferidas eran las que tenían Marte como escenario. El planeta rojo me atraía con una fuerza que no alcanzaba a comprender. Mi mayor deseo era visitar alguna vez aquella superficie de infernal belleza, algo que al parecer no podría hacerse hasta al cabo de treinta años. Eso siendo optimistas.

Atraído por aquella montaña roja, me dije que yo pisaría Marte la madrugada del domingo.

.....

Tras compartir el fin de semana con aquella vieja que había hecho fortuna en el nuevo mundo —mis padres ya le habían pedido dinero—, el sábado me acosté pronto en nuestra habitación de hotel, sin revelar a nadie mis intenciones.

Lo tenía todo previsto. La alarma de mi reloj sonaría, con el volumen al mínimo, a las seis. En fin de semana, mis padres nunca se despertaban antes de las nueve, así que calculé que tendría tiempo suficiente de alcanzar la cumbre de Montaña Roja, en pleno amanecer, y bajar como un astronauta orgulloso para el desayuno.

Que mis padres hubieran alquilado una moto para hacer escapadas, mientras yo me quedaba con la venezolana, me iba como anillo al dedo. Ahora disponía de un casco y de

una parka ultramoderna para resistir el frío clima marciano.

Me desperté antes de que sonara la alarma, cuando la oscuridad aún se cernía sobre aquel monte oxidado por antiguos fuegos.

Tras saltar de la cama, me vestí con sigilo. Luego me puse la parka de mi madre, que era poco más alta que yo a los diez años, y salí de la habitación con el casco bajo el brazo.

Nadie me vio atravesar de esa guisa los pasillos del hotel. Al llegar al hall, donde estaba el mayor peligro, tuve la suerte de que el recepcionista había abandonado su puesto momentáneamente.

Antes de cruzar las puertas de cristal, me ajusté el casco con la solemnidad de un astronauta a punto de abandonar la nave.

Una vez en el espacio exterior, encendí mi linterna de bolsillo y me guíé entre los cubículos de un recinto hotelero hasta llegar a una carretera. Al otro lado terminaba la civilización y empezaba Montaña Roja.

Ni siquiera había algo que pudiera llamarse un sendero. Mientras la primera claridad se derramaba por aquella pendiente árida y escarpada, inicié la subida con toda la atención puesta en mis pies. Tal como había visto en las películas de Marte, el terreno estaba ametrallado como un queso gruyère. Si no miraba por donde pisaba, uno de aquellos boquetes volcánicos —algunos parecían extrañas madrigueras— me haría tropezar y rodaría pendiente abajo.

Tras media hora de agotadora ascensión, la cumbre se-

guía estando lejos, lo que me hizo dudar de que fuera capaz de coronarla y regresar a tiempo al campamento base. Apreté el paso mientras el camino se hacía cada vez más empinado y peligroso. A mi izquierda, una profunda herida en la montaña formaba un barranco que bastaba para matarse.

Estaba a punto de dar marcha atrás cuando una figura insólita se perfiló bajo la luz dorada del amanecer.

«Un extraterrestre», me dije con el corazón disparado, mientras me levantaba la visera del casco para ver mejor.

Pero resultó ser algo más maravilloso que eso.

Tendría más o menos mi estatura y de su espalda delgada nacían dos alas blancas. La forma grácil de andar y su media melena revelaban que era una chica.

«Un ángel», pensé extasiado.

Aunque avanzaba cuesta arriba con más ligereza que yo, al llegar a la cima se puso las manos en la cintura y bajó la cabeza, como si tratara de recuperar el aliento.

«Los ángeles no se cansan», reflexioné cuando ya estaba a punto de darle alcance.

Supuse que era una joven inquilina del hotel que, como yo, se había dado a la fuga de madrugada para escalar Montaña Roja. En lugar del casco y de aquella parka que me estaba haciendo sudar a mares, ella se había colgado unas bonitas alas de ángel.

Fascinado, en cualquier caso, por aquel personaje, cubrí los últimos metros hasta la cima lleno de curiosidad.

Antes sucedió algo que quedaría grabado para siempre en mi memoria. La niña-ángel se volvió hacia mí y pude ver

su rostro. Tenía los ojos ligeramente achinados y una nariz pequeña que contrastaba con los labios gruesos que me sonrieron por un instante.

No parecía extrañarle que yo estuviera allí, pero lo insólito sucedió justo después. Tras volver la vista al frente, dio un paso hacia delante y saltó al abismo al otro lado de la cima.

En una fracción de segundo había desaparecido de mi vista.

Temiéndome lo peor, corrí hasta la cumbre y me asomé, muy asustado, por el lado donde había caído el ángel.

No había el precipicio que había imaginado, sino una pendiente rocosa como la que habíamos recorrido para llegar hasta allí. La luz del amanecer me permitió contemplar toda aquella vertiente de la montaña.

Y, sin embargo, el ángel no estaba.



1.^a Parte

CANCIONES TRISTES PARA LLEGAR A MARTE

Stardust

Todos los caminos son iguales:

no llevan a ninguna parte.

Escoge, por lo tanto, un camino que tenga corazón.

CARLOS CASTANEDA

Aterricé en el aeropuerto de Barajas con la ansiedad de quien sale por primera vez de su terruño.

Terminada la ESO, en el minúsculo centro de La Graciosa no había posibilidad de continuar. Algunos estudiantes viajaban cada día a Órzola, un puerto al norte de Lanzarote desde el que se podía ir y venir cuando la mar estaba en calma. Desde allí aún había que tomar el bus hasta la capital del municipio: Haría. Los pasajes del ferry eran caros, así que la mayoría se establecía en cualquier lugar de la isla grande donde tuvieran parientes.

Toda la familia de mis padres, que regentaba la ferretería del pueblo, vivía en Caleta de Sebo. Si no quería pagar una residencia que costaba un riñón, la única opción era

instalarme en Madrid con el tío Zeus, quien ya me había inscrito en un instituto de bachillerato.

Yo estaba encantado con aquella idea, aunque el curso empezaba al día siguiente.

Después de perderme varias veces por la terminal de llegadas —en mi vida había visto tanta gente junta—, arrastré mi maletón hasta la salida donde estaba la cola de taxis.

No fue hasta subir a un Mercedes Benz blanco que me di cuenta de que no había vuelto a conectar el teléfono móvil. El taxista se dirigía ya hacia el centro de Madrid cuando un sms de mi tío me obligó a pedirle un cambio de rumbo.

El mensaje estaba escrito con el estilo de una carta.

[QUERIDO SOBRINO:

DEBIDO A UNA INCIDENCIA EN MI APARTAMENTO,

HOY NOS HOSPEDAREMOS EN UNA CARAVANA DEL CAMPING
STARDUST.

DILE AL TAXISTA QUE SE ENCUENTRA A LA DERECHA DE
LA CARRETERA QUE VA DE MADRID A ARANJUEZ, AUNQUE
SEGURAMENTE YA LO CONOCE.

TE ESPERO IMPACIENTE, MUCHACHO.

ZEUS]

Aunque en su DNI constaba como Zenobio, elegido por su padre según el santo del día, todo el mundo se dirigía a él por el nombre del dios griego. Igual de raro, pero mucho más *cool*.

Mi tío siempre había sido extravagante —eso era lo que me gustaba de él—, por eso no me extrañó demasiado que hubiera cambiado mi destino en el último momento.

El taxista, sin embargo, no era de la misma opinión, ya que dijo muy serio:

—Ese camping lleva dos años cerrado.

—Pues deben de haberlo abierto de nuevo.

—Y un cuerno —replicó mientras me vigilaba a través del retrovisor—. Vivo en Aranjuez y paso cada día al lado de ese camping. Eso está más cerrado que el coño de mi abuela.

Me quedé mudo. Nadie de Caleta, ni en ningún lugar de Lanzarote, se atrevería a hablarle así a un forastero. Quise pensar que aquello no era la norma en la gran ciudad.

—Llevo doce años en el taxi —añadió sin sacarme el ojo de encima— y sé lo que significa llevar un pasajero a un descampado. No soy imbécil, ¿entiendes?

—No entiendo nada.

El taxista suspiró antes de decir:

—Si no me estás tomando el pelo, entonces es que vienes de Marte. Pero no te preocupes, que mientras vamos a comisaría yo te lo voy a contar: se trata de llevar al taxista a un lugar aislado, como el Stardust, y una vez allí sale la navaja, la pistola o lo que el atracador de turno tenga que sacar. Para cuando has dado la alerta, ya se ha largado con la recaudación del día.

Mi cara de pasmo tuvo que ser reveladora, ya que el

taxista pareció relajarse de golpe. Había entendido que yo no era una amenaza, al menos no en el sentido que había imaginado. Se limitó a preguntar:

—¿Puedes pagarme la carrera por adelantado?

La caravana y las estrellas

El granero se ha quemado:

Ahora puedo ver la Luna.

PROVERBIO ZEN

Había anochecido cuando el taxi se detuvo frente a una gasolinera abandonada. Sobre la tienda, que parecía llevar años chapada, había una fea vivienda de ladrillo donde debían de haber vivido los propietarios.

—Aquí no es —avisé al taxista, que ya descargaba la maleta del portaequipajes.

—¿No te gusta? Pues ahora te fastidias. Haberme hecho caso cuando te decía que el Stardust está cerrado.

—Pero... ¿dónde está el camping?

—Encontrarás la puerta detrás de la gasolinera. El rótulo lo robaron hace tiempo. Hay gente que colecciona estas cosas. Suerte, chaval.

Segundos después, el taxi salía zumbando por el desvío hacia la carretera a Aranjuez.

Solo en la gasolinera fantasma, miré en el móvil que mi tío no me hubiera escrito diciendo que aquello era una broma. Pero no había entrado ningún otro mensaje.

Rodeé el pequeño edificio de ladrillo, que apestaba a meados de gato, hasta dar con lo que había sido la puerta del Stardust. Estaba abierta y era lo bastante amplia para que pasaran coches y *motorhomes*. Unos metros más adelante había una caseta de vigilancia con el cristal roto.

Tal como me había advertido el taxista, todo aquello parecía llevar mucho tiempo cerrado, lo que hacía más insólito aún el mensaje de tío Zeus. Lo releí una vez más.

Por extraño que resultara, el lugar del encuentro era allí.

Arrastré la maleta por un solar donde solo había hierbajos y basura. Ni rastro de tiendas de campaña o bungalows.

Cada vez más asustado, rodeé el bloque de las duchas y el lavadero común.

Y entonces la vi, en medio de un solar más pequeño que lindaba con la parte de atrás de la gasolinera.

Una caravana solitaria bajo las estrellas.

El coche que la había remolcado hasta allí ya no estaba, lo que daba a aquella roulotte un aspecto desvalido, como una cápsula que hubiera caído del espacio sin posibilidad de regreso.

De repente se encendió una luz en la ventana, señal de que su ocupante me había oído llegar.

—¡Tío Zeus! —levanté la voz—. ¿Estás ahí?

La puerta de aquel cachivache se abrió con un gruñido, mostrando una silueta encorvada que me costó reconocer. Parecía que mi tío hubiera envejecido diez años desde la última vez que lo había visto.

Me abrazó con fuerza, como si tratara así de disimular su estado de deterioro, mientras me decía:

—No sabes cómo me alegra que hayas venido... Sé que no esperabas un lugar como este, pero lo cierto es que han sucedido muchas cosas desde aquella Navidad que os visité. Y más aún los últimos días. Esta crisis lleva la marca del diablo, que no tiene bastante infierno para meternos a todos.

—Tranquilo, tampoco esperaba nada especial —mentí—. Además, no me gusta la ciudad.

—¡A mí tampoco! Por eso casi me alegro de haber perdido el piso, muchacho.

Pareció arrepentirse enseguida de haberme dado aquella noticia, que tenía reservada para más adelante. Me dio la espalda y se metió hasta el fondo de la caravana mientras vociferaba:

—Tendremos tiempo de sobra para charlar. Ahora vamos a cenar en el restaurante con el techo más elegante del mundo. ¿Me ayudas?

Tomé por un extremo una mesa de plástico, mientras mi tío la sujetaba por el otro lado. Tuvimos que hacer varias maniobras de giro hasta que las patas lograron pasar por la puerta.

Tras plantarla fuera, aunque sabía perfectamente la respuesta, pregunté:

—¿El restaurante con el techo más elegante del mundo, dices?

Tío Zeus señaló el firmamento.

